

cionalidad fue lo que le desconectó en cierto modo de los movimientos artísticos de nuestro siglo; pero su honradez y su entrega a la cerámica hicieron de él un auténtico maestro.

Sin embargo, ha sido la generación posterior a Leach la que ha liberado a la cerámica del cordón umbilical que la mantenía unida a la funcionalidad y de una manera que podríamos decir casi universal, por cuanto el movimiento es constatable prácticamente en todos los países, ha comenzado a utilizarla como medio de expresión individual conectándola con el mundo de la plástica moderna. Es, esta toma de posición, la que ha precipitado en los últimos años el interés por la cerámica a todos los niveles; prueba de ello son la atención por parte de museos y galerías especializadas, así como los concursos internacionales como el de Faenza en Italia, Siracusa en Estados Unidos y el de Vallauris en Francia, la creación en Suiza de la Academia Internacional de la Cerámica, miembro consultivo de la UNESCO, que reúne en su seno a ceramistas, conservadores, coleccionistas, instituciones y asociaciones culturales que se interesan por la cerámica; la publicación de libros y revistas especializadas, la creación de infinidad de escuelas dedicadas a la cerámica y lo que es más importante y decisivo, la inclusión de la cerámica en las Escuelas Su-

periores de Bellas Artes de todos los países, exceptuando España, esperemos que por poco tiempo.

También han contribuido a este resurgir de la cerámica la intervención esporádica en este campo de algunos de los grandes artistas de nuestra época, como Rodin, Matisse, Marquet, Duffi, Chagall, Leger, Braque, Moore, etc. o la más continuada y profunda, porque a ella dedicaron largos períodos de su vida, como Miró y Picasso, que se vieron atraídos por la magia maravillosa de las artes del fuego.

Toda esta confluencia de causas y efectos han hecho posible la gran eclosión de la cerámica de los últimos años; si como presumimos el empuje se incrementa, esta nueva y al mismo tiempo vieja forma de interpretar la cerámica está llamada a ser uno de los principales artífices de la cultura plástica de nuestra época.

Tal vez me haya excedido en la valoración que como parte interesada he hecho de la cerámica, pero quiero agradecer en su nombre el honor que sus señorías le han otorgado, al permitir su ingreso en la Real Academia de San Carlos de Valencia, en mi modesta persona, y espero que esta consideración sirva para desarrollar más, si cabe, una de las artes más imperecederas y más nobles que haya podido crear la imaginación humana.

DISCURSO DE CONTESTACION

por el Ilmo. Sr. D. Felipe Vicente Garín Llombart

Excmo. Sr. Presidente.

Excmos. e Ilmos. Sres.

Señoras y señores.

Es esta mi segunda ocasión en que por voluntad corporativa debo dar la bienvenida a un nuevo miembro de nuestra bicentennial Real Academia y la fortuna ha querido que de alguna forma los temas o motivos de aquella vez primera y de ésta tengan indudable conexión.

Primeramente por que se recordaba entonces —y se recuerda siempre, añadiría yo— a un compañero que había sabido compartir su docencia con la más arraigada tradición artesano-cerámica: Pepe Ros y su familiar aventura de “La Ceramo”. También la diosa Fortuna de nuestros clásicos me asignaba recibir a un querido compañero, Francisco Sebastián, cuyo riguroso planteamiento teórico expuesto era, nada menos —y nada más— que todo el problema existente entre artesanía y arte, artes aplicadas y artes puras, artes mayores y artes menores. Problema que en gran manera yace latente cuando se teoriza sobre el campo de la cerámica. Ya apuntábamos entonces, recuerdo literalmente: “¿Dónde está la barrera? Creo sinceramente que en la creación. El artista, como hombre de laboratorio, sólo conseguirá resultados positivos a través de la experiencia cotidiana, hasta que se produce el milagro de que unos materiales inertes empiezan a hablar con fuerza expresiva incomparable. Ahí está, a nuestro juicio, el momento clave. No falla el concepto sino su aplicación. No valen otros criterios.”

Y en este momento, aparte del recuerdo cariñoso al que me sumo, del caballero pintor que fue siempre don Manuel Moreno Gimeno, con el que, si bien no llegué a coincidir por razones cronológicas inexorables en el viejo caserón del Carmen, sí que pude apreciar en todo momento

y circunstancia su hombría de bien, su buen pintar y su profundo respeto a la profesión docente, nos encontramos en la circunstancia de ajustar esta respuesta, cordial, afectiva y sobre todo coincidente, en la acogida a esta casa —siempre y hoy más que nunca en trance de reformas, ajustes y esperemos que mejoras, de continente y contenido— de un nuevo miembro que profesionalmente ha hecho de la cerámica algo más que un solo oficio, con serlo y no en pequeña medida, convirtiéndolo en un elemento creativo más, parejo en definitiva materia —que absurda es siempre esa clasificación entre provisional y definitiva— como si todo en el devenir humano no fuera a un tiempo provisional y a la vez definitivo y como si la cerámica no fuera, como bien ha puesto de manifiesto Enrique Mestre, una de las materias más definitivas, sobre todo teniendo en cuenta los históricos ejemplos que ha citado y a los que añadiría por proximidad afectiva y sin que ello suponga demérito de los mencionados, por ejemplo las piezas campaniformes de nuestro entorno, los vasos pintados de Liria, que tanta fuente documental suponen; las lozas doradas, las verdes y moradas, las azules, etc., o más recientemente, en el extremo culto del término, el rigor de las piezas alcoreñas o el populismo de las maniseras, tanto en azulejería como en piezas corpóreas.

¡Ah la cerámica!, ese género artístico en el que sin duda el proceso técnico es de los más complejos y en el que el fuego, elemento básico, elemento original y mítico juega un papel tan importante que la pieza salida es incógnita hasta ese momento y por tanto juega más que nunca el concepto de que la obra de arte, más que representar o rechazar la realidad, es realidad en sí misma.

En esa línea de rigor, de seriedad, de arte, recordemos nombres tan señeros como Lloréns Artigas, el recientemente fallecido Antoni Cumella, Arcadio Blasco, Elena Colmeiro, Manolo Safont y tantos otros.

Enrique Mestre: Nacido en Alboraya, licenciado en Bellas Artes por la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos, perito técnico cerámico y perito artístico por la Escuela Práctica de Cerámica de Manises, graduado en artes aplicadas por la Escuela de Artes Aplicadas de Valencia, en su especialidad cerámica, fue becado por la Universidad de Valencia en 1964 para realizar estudios sobre vidriados en Bierzon (Francia), obteniendo en 1972 el Primer Premio en el Concurso Nacional de Cerámica de Manises y el Premio Nacional Valencia en el Concurso de Diseño Industrial de la Feria de Cerámica de Valencia, así como la medalla de oro, en 1976, del Estado de Baviera, en Múnich, y más recientemente en 1982, el Primer Premio en el Concurso Nacional de Cerámica de Calviá.

Ha realizado desde 1964, hasta nuestros días, veintidós exposiciones individuales, debiendo destacarse las de la Galería Val i 30 en Valencia, la de la Feria de Coopenhague, diversas en Madrid y otras capitales españolas y precisamente en estos días se está exhibiendo una interesante exposición individual en el Museo de Cerámica de Barcelona en el Parque de Montjuich.

Ha participado en 28 exposiciones colectivas nacionales, mereciendo ser destacadas la del homenaje a Lloréns Artigas en 1976, la de "12 ceramistas españoles", organizada por el Ministerio de Cultura por rigurosa invitación, y que se inició precisamente en nuestra ciudad conmemorando los 25 años del Museo Nacional de Cerámica "González Martí", pasando después al Palacio de Cristal del Retiro madrileño y al Museo de Cerámica de Barcelona. Igualmente es invitado en la exposición "30 artistas valencianos", que organiza el Ayuntamiento de nuestra ciudad y donde participa con pintores y escultores representativos del panorama contemporáneo. También han figurado sus obras en diferentes exposiciones colectivas internacionales en Londres, Faenza, Kioto, París, Suiza o Estados Unidos.

Su trabajo profesional a través de paneles murales en cerámica de alta temperatura puede admirarse en entidades, instituciones y colecciones particulares de Valencia y de España, figurando además sus obras en museos y colecciones, como el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid, Museo de Cerámica de Barcelona y de Valencia, Museo de Villafamés, etc.

Quisiera igualmente, pues me parece fundamental en su proceso profesional insistir en su actividad docente en la Escuela de Artes Aplicadas de Valencia, habiéndolo sido in-

vitado en 1976 y 1980 a dirigir las experiencias de tecnología y escuela libre de Sargadelos, siendo asimismo miembro de la Academia Internacional de la Cerámica, con sede en Ginebra y que precisamente gracias a sus activas gestiones celebrará su asamblea anual de 1986 en nuestra ciudad, como se acordó en la última celebrada en Boston.

Su discurso es, sin duda, una pieza teórica importante y documentada, pero fundamentalmente —el que lo conoce da testimonio— es una confesión propia de lo que siente y de su norte profesional. En él la trama dialéctica artista-artesano se decanta claramente hacia una opción artística pura, sin concesiones, sin fáciles tentaciones sucumbidas, de las que tantos ejemplos tenemos, por desgracia en esta nuestra tierra y con una capacidad de magisterio que ya ha comenzado a dar frutos notables en el panorama artístico valenciano.

Es a causa de todo ello, por lo que yo quisiera que en ésta mi respuesta que es acogida cariñosa cordial a esta Corporación que tanto tiene y debe decir en el contexto artístico valenciano, quedase muy manifiesto mi absoluto convencimiento de la artisticidad, y pido disculpas por el término, del planteamiento y de la obra de Enrique Mestre. Ha jugado siempre a lo difícil, y ha sabido, como dice con acierto el profesor doctor don Román de la Calle en su último catálogo sobre el artista, precisamente el de la mencionada actual exposición en Barcelona, convertir las difíciles exigencias materiales del género escogido libremente, en recursos estéticos de muy alta cota. Texturas, formas y espacios acogen plásticamente toda una serie de connotaciones humanas que tienen, como el mismo Mestre reconoce, sus raíces en la propia naturaleza del paisaje y del hábitat de su tierra. Esa utilización de un género diferente a los habituales, pintura, escultura, música o arquitectura, para recoger y satisfacer así aquella creatividad a la que antes aludíamos, hace, a nuestro juicio, que debamos recibir con auténtico gozo humano y profesional, en esta nuestra Corporación, esta tarde, al artista Enrique Mestre, incluso con sus a veces acerados o puntuales criterios, que no hacen sino manifestar en el fondo su sinceridad y su rigor. A Enrique Mestre, que ha hecho de la cerámica su lenguaje artístico. Sea, pues, bienvenido y que la esperanza que la Real Academia ha depositado en su persona y que se manifiesta en su momento, a través de opiniones, informes, reuniones y toda la permanente actividad corporativa, se confirme, como estoy absolutamente seguro, para bien de la vida artística valenciana.